



Escuela de Misericordia

Esta columna apareció por primera vez en la Crónica del 21 de Febrero de 2016

“Hay un tiempo para cada cosa bajo el cielo”, dice la Escritura—un tiempo para dar y un tiempo para recibir, un tiempo para ser misericordioso y un tiempo para buscar misericordia. Porque cada interacción benéfica tiene dos lados: el dador entrega el pan de compasión a un receptor que se alimenta de ella. Ambos papeles en este drama decisivo, son los suyos y los míos para jugar. Por lo tanto necesitamos aprender a decir la hora: cuando dar misericordia y cuando recibirla.

La misericordia se encuentra con la miseria, y la miseria también tiene dos lados. No es difícil reconocerla en los cuerpos contorsionados de un enfermo en el lecho o de un durmiente en la calle. Pero este lado corporal *externo* de la miseria con demasiada frecuencia oculta un lado espiritual *interior* también: una mente abandonada por la paz, un alma destrozada por la pérdida, un corazón roto por la traición.

Este estado miserable nuestro es precisamente lo que la Divina Misericordia viene a tocar y transformar en Jesucristo. Su Evangelio salvador nos provoca reconocer la miseria humana por lo que es, de adentro hacia afuera. Lo más honestamente que yo reconozca mi propia miseria desde adentro, lo más claro que podré ver lo mucho que necesito la misericordia desde afuera—del Dios Que me salva, de Sus hijos que me consuelan.

Impartiremos la misericordia más efectivamente a los miserables si primero descubrimos las cosas sorprendentes que pueden suceder cuando traemos *nuestra* miseria a los misericordiosos. Un día, años antes de hacerme sacerdote, mi párroco me trató con gran compasión en el confesionario. Al salir, me dije a mi mismo, “Valdría la pena pagar cuanto costara para poder darle a una sola persona la paz del alma que acaba de ser dada a mi”. Nunca he olvidado ese momento—y el deseo al que dio a luz.

“Comienza con tu familia / y pronto se regresa de vuelta a tu alma”, canta el poeta Leonard Cohen. La familia es nuestra primera y mejor escuela de misericordia porque es allí que aprendemos las lecciones más tempranas y más duraderas de cómo trabaja la misericordia. Creciendo en casa, en el curso normal de un día ordinario, vimos que se le daba de comer al hambriento, vestimenta al desnudo, consuelo al

afligido, cuidado al enfermo, perdón al transgresor. Sin las obras de misericordia, ¿cuales de nuestras familias habrían superado la semana? Usualmente no pensamos en esos términos, por supuesto, porque, creciendo, los alimentados y vestidos y consolados no eran otros que nuestros hermanos, nuestras hermanas, y nosotros mismos. Hemos estado al lado del receptor de la misericordia ya que nuestra madre nos llamó por primera vez a su pecho.

“Comienza con tu familia / y pronto se regresa de vuelta a tu alma”. El matrimonio y la misericordia van juntos inseparablemente en el diseño salvador de Dios para nuestra felicidad. Un hombre y una mujer extienden el abrazo de su unión de una sola carne para incluir a los hijos que Dios les da para ser educados en la compasión, para que puedan aplicar las lecciones aprendidas de la misericordia en la vida familiar a la vida social y cívica también. Porque nuestra redención depende de la difusión de las obras corporales y espirituales de misericordia desde el corazón de la familia hacia los rincones más oscuros de un mundo desconociente.